

El Cuento Semanal



30 céntimos

“ÉXODO,, 88 POR RAMÓN
PÉREZ DE AYALA 88 88 88 88 88

..... ILUSTRACIONES DE N. MONTERO

Ayuntamiento de Madrid

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V.-13 de Octubre de 1911.-NUM. 250

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaina

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1,50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN Y C.

MADRID, Calle de Alcalá, 9, MADRID

LUZ NUEVA

Sin instalación de cañerías ni gasómetros se puede tener una luz de incandescencia superior á la de gas de hulla.—Es inexploriva, no produce humo ni olor.

UNICO CONCESIONARIO EN ESPAÑA

LAORDEN Y C.^A

Calle de Atocha, 43, MADRID

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Recházese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.^a

LEASE BIEN EL PROSPECTO

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado. Pesetas, CINCO el frasco

Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS PE PUN-

TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: :: CAPELLANES, 12 :: :: Precio fijo



"LE COQUET"

Peluquería de señoras

12, CALLE DEL DESENGAÑO, 12

Postizos última novedad. Casa especial en tintes para el pelo y lavados de cabeza. Se peinan señoras y se dan lecciones.

No hay quien

compita en precios, clases y formas con el gran establecimiento de

SOMBREROS DE BRAVE

5.000 gorras última moda, á 3, 4, 5, 6 y 7 pesetas.

6, CALLE DE LA MONTERA, 6

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

EL PADRE Y EL HIJO

POR ALBERTO INSUA

Ayuntamiento de Madrid

“EXODO”

Los salladores

(Las vegas de maíz cubren la llanada, hasta la raíz de los montes. Los montes, en sus pos-
treros declives, allí donde van á fundirse en la
vega, están revestidos de pomares y de hierba
gaya y muelle; más arriba, de castaños; luego,
hacia lo alto, zonas de robleda; y, en la cima,
quebradas de piedra desnuda—cuarcita violeta,
caliza cenizosa—. Cielo azul y aire calino. Los
maizales palpitan levemente en vasta fluctua-
ción que cubre la vega; los pardos airones, en
lo alto, estremecidos siempre; las alongadas
hojas, cuyo trazo es el de la jaselina, y que de
pereza desfallecen; envainadas panochas de
barba bermeja. Entre los sembrados del maíz,
aquí y acullá, destacan pandillas de labriegos,
los lomos combados hacia la tierra; blanco de
jubones y camisas de lino, y bermellón ó verde
veronés de refajos. De vez en vez, el destello
acerado de un azadón que sube á la luz para
hundirse en el suelo con redoblada fuerza.

Es la época de la *salla*. Los *salladores* adoban,
ahuecan, esponjan y airean el apelmazado te-
rruño, porque las cañas de maíz se alimentan
mejor, y arrancan plantas inútiles, vegetacio-
nes espontáneas porque no roben al grano fu-
turo la substancia materna. Aderezan el trabajo,
aliviándose de la fatiga con burlas á su estilo.

Por el lindero de la vega, á la sombra de los
pomares, pasa Don Cristóbal, la escopeta al
hombro. Siguele Pepón, de Peñamellera, ciclope
rústico y servidor leal, y le rodean los aullidos
alegres de una jauría que los maizales encu-
bren; en ocasiones, un perro corre monte arri-
ba, en zizás, el hocico vecino de la hierba, y
el rabo enhiesto y sin cesar tremante. Si aven-
tajado de miembros es Pepón, no lo es menos
el amo, y su continente majestuoso. Y los *sa-
lladores* saludan, y dicen):

PACHU, DE LA FIGAR

Guapo y grande ye el Señor, como el su
nombre.

NOLO, DE PEDROSA

Y con aquel del señorío, que en cuanti que
el habla empapizase un...

SELVA, LA ROXA

Y potencioso, con más dinero qu'el rey de
España y de las Indias.

PEDRÍN, DE MANUELA

¿Sábeslo tú, roxa, porque dé cuartos á les
mozes que'i son falagueras?

SELVA, LA ROXA

Arreniego p'al pecao con el mozaco esti, mala
lengua. Dígolo, porque así lo tengo oído decir y
porque á la vista está que lo que con los güe-
yos se ve, no tién menester más.

PEDRÍN, DE MANUELA

Calla ya la parpayuela mujer, y non te sofo-
ques, que non fuiste la primera nin serás la
última.

SELVA, LA ROXA

Calla tú, cuentero, que eso ni á ti ni á naide
le importa. Si ye como dice, mejor pa mí, y si
tienes envidia, arráscate, que con cuartos ó sin
ellos ye un mozón garrido y cumplido y guapo
como la flor del agua.

PEDRÍN, DE MANUELA

(Cantando, con despecho.)

... Que traila, mío vida,
que traila, trailá.

Que trailla, mio vida,
la flor del aguáaa...

Pues mira, roxona; yo, pásome por aquí, ¿ves-
lo?, la su guapura. Cuanti que los cuartos... ye
otra cosa. Eso si que os trai enfatecidos.

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

(*Doctoralmente, apoyando la mano izquierda en el azadón y enjugándose la frente con el recio lino de la manga derecha.*) Cuartos, cuartos... ¡Ay, mis sueños! Pensai que non ye oro todo lo que reluz. Dízvoslo un home que sabe de isperiencia y que corrió mucho mundo. Don Cristóbal tién potecados y de mal talante los más de los caudales que'i vinieron del su padre.

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

¿Aún te atreves, vieyón, y eso que'i debes la renta y los réditos de muchos años?

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

Perdonómelo todo.

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

Porque te ayudó endenantes á facer los fíos que tienes...

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

(*Con prudente dignidad.*) Mejor, así saldrán más pulidos. Cuanti más, Ruperto Llosas, que bien sabes que los tuyos son hermanos de los míos, y sábelo toda la aldea.

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

Dispúsolo así el Señor, y non hay pa qué decir si Don Cristóbal va pa probe, que eso ye mala ación.

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

(*Aplicándose al trabajo.*) Dígolo porque así lo tengo oído de boca de Don Marianín de Pravia, que ye hombre muy leido y escrebido en el aquel de justicia. Y dígovos más... (*Expectación. Los labriegos alzan la cabeza, escuchando.*) Dígovos, porque me costa, que las potecas van á acabar también con lo que por la boda se le apegó á lo suyo de la señorita Isabel, que esté en gloria.

VARIOS

(*Santiguándose.*) ¡Joasús!

SELVA, LA ROXA

Entós, el fío, Nacín, ese rapazuco tan nidio y roxín, que paez una bendición, ¿será un como nosotros?

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

Serolo, si Dios non lo remedia...

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

(*Sarcástico.*) Ja, ja, ja. Ríome, ¿qué queréis? Esti Restituto va pa cacique. ¡El señorío siempre será señorío!

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

(*Aunque sin reirse, afirma.*) Pues yo ríome porque señorío sin oro ye como escanda sin grano, mucha bambolla; ¿y qué? Esto, esto. (*Se golpea el bandullo, con cierto aire sacerdotal.*)

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

Serás pa toa tu vida un vieyo raposo, y él será un señor. ¿Quiés ponete con él en magencia? ¿Quiés ponete con él á palos? ¿Hay algún mozo que se atreva? ¿Quiés ponete con él bebiendo sidra? ¿Hay quién se ponga? ¿Pues á caballo, aunque sea gafa como un tiguere? ¿Pues matando osos?

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

Celesto mató uno con la fesoria esti Mayo que pasó.

PACHU, DE LA FIGAR

Salía de la cueva, flacu como una quijada y sin fuerzas, que no valía pa na.

NOLO, DE PEDROSA

Matábalu yo...

SELVA, LA ROXA

Podía matalu Pedrín.

PEDRÍN, DE MANUELA

Calla tú, zorróna.

SELVA, LA ROXA

A ver si te meto la fesoria en los sesos...

PEDRÍN, DE MANUELA

¿Meter tú? Si fuera al revés...

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

Callaivos, llenguatones. Don Cristóbal mala los osos cumplidos y gordos y rabiaos que no hay más que pedir. ¿Visteis la Casona de Llaviedo? Llena está de osos balsamaos, que meten miedo, y de pelleyas de oso, así, p'ol suelo, pa poner los pies en blando. ¿Non oisteis á Pepón, de Peña-mellera, falar del su amo?

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

Matalos con la carabina.

SELVA, LA ROXA

Y con un cuchillo.

NOLO, DE PEDROSA

A un desquijarrólo con les manes.

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

Nada nin naide le mete susto.

PACHU, DE LA FIGAR

Sí que plasma, de arriscáu que ye.

SELVA, LA ROXA

Non cura de les saues.

PEDRÍN, DE MANUELA

Nin de la huestia.

NOLO, DE PEDROSA

Nin de la santa compañía.

PACHU, DE LA FIGAR

Nin de los defuntos.

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

Nin de la Iglesia y Jesucristo.

SELVA, LA ROXA

Pues él á misa va...

NOLO, DE PEDROSA

Y Don Tiquio, el pároco, ye mucho de la casa...

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

Yo vos ripito: va á haber abondo antes que se quede probe; hemos de murirnos todos antes. Con la casona de Llaviado, que val un sin fin...

PEDRÍN, DE MANUELA

Y el palacio de Corneliara, que dicen que está lexos, lexos, cerca de tierra de moros.

NOLO, DE PEDROSA

Y el de Riverulla.

PACHU, DE LA FIGAR

Y el de Miraflores.

SELVA, LA ROXA

Y los montes del Sardón, y las vegas de Carbayo...

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

Y las caserías, y las quintanas, y los hórreos nuestros. ¿Cuyos son?

EL SEÑOR RESTITUTO REMIRAO

De Dios, que da y quita á voluntá y muy aína, ¿qué pensabais?

Ayuntamiento de Madrid



(Un estampido. Los aldeanos se incorporan. La jauría late enardecida, á lo lejos. Por los claros del bosque cruzan raudos los perros, moteados de blanco.)

SELVA, LA ROXA

¡El raposo!

PACHU, DE LA FIGAR

Miraño, en los términos del Fuso.

NOLO, DE PEDROSA

Cuerre, cuerre el condenaó.

PEDRÍN, DE MANUELA

Ahora se escuende.

EL SEÑOR RUPERTO, DE LAS LLOSAS

¡Ay, rapazos de mío alma! ¡Quién me diera los vuestros güeyos!...

SELVA, LA ROXA

En derecho pa Don Cristóbal cuerre que paez es nola. Mataralo.

PEDRÍN, DE MANUELA

(Soslayadamente á la muchacha.) No hay dengún como él pa las raposas.

(Dos estampidos casi simultáneos.)

NOLO, DE PEDROSA

Lo amoló.

(Los perros ladran alborozadamente, despedazando á la raposa.)

II

El lav

La cocina de la casona de Llaviedo. Es una estancia majestuosa, inmensa, á propósito para albergar en la otoñada y durante las noches invernales la numerosa servidumbre que deshoja y desgrana el maíz, amaquesta la castaña é hila y canturrea romances viejos en torno á la lumbre. El suelo, terrizo; la techumbre, de castaño recio y humoso, menudeados de *gavitos*, que es como en la tierra se llaman los garfios de donde penden jamones, lacones, ristras de chorizos y moreillas, y vejigas llenas de grasa de cerdo; arcones de prolijas é ingenuas entalladuras; escanones de nogal labrado; vasares, con bruñidos cobres, amarillos y rojos, y porcelanas floreadas de añil; una ringla de herradas, con el cangilón al costado; gran chimenea de campana, y al borde, asidos de trecho en trecho como líquenes tradicionales, manojos de tomillo y hierbabuena; á dos palmos del lar, dos grandes calderos que cuelgan de cadenas forjadas; y, vecino al

rescoldo, sobre las trébedes, un cacharro borbotante. Hay dos candiles con lumbre, y, á través de las dos ventanas y de la puerta, entra resplandor de luna y fragancia de noche estival.

La vieja Anastasia, virgen incorruptible, adscrita desde el punto de su nacimiento al servicio de los señores de Llaviedo, está sentada en un escaño. Su perfil es ganchudo, tostado el color, y la traza de una vetustez serena y pomposa, como las imágenes de las ermitas montañosas, á lo cual contribuye la vueluda falda, á manera de brial, el amplio chal de seda cruzado al pecho y con aires de manto, y las arracadas de aljófar y filigrana de oro que brillan discretamente y parecen joyeles devotos, eclesiásticos. Ignaciñ, el único vástago legítimo de Don Cristóbal, yace sobre el mismo escaño, la rubia cabecita reclinada en el regazo de la caduca virgen, la cual, con mano incierta, alisa los poblados rizos. Es un muchacho de ocho años, lindo, lechoso y delicado, de ojos azules, mano brevísima y pie femenino.

Oyese el rebullicio que criados y criadas mueven en el huerto, á la vera del parral, holgándose á su modo, con donaires de picardía, cánticos, bufonadas, azotes y retozos; los atrailladores de los canes, mozos de cuadra, adestradores de gallos de pelea, zagales del establo, fregatrices y ordeñadoras, hortelanos y aguadadores del pradón, veinte en junto.

En el piso alto, retumba en ocasiones el sonoro reir de Don Cristóbal, aventajando en brío á otras dos risas, también recias y caudalosas, que le acompañan: la de Pepón, de Peñamellera y la de Don Entiquio, el párroco. De rato en rato, unos pasos que van y vienen, y la techumbre de la cocina retiembla.

LA VIEJA

To contate un cuento, mío neñín.

EL NIÑO

Cuentos no, chacha Anastasia.

LA VIEJA

Historias he de contarte entonces, y sucedidos que sucedieron. Pues señor, así Dios me salve, que el mi primo Antón vió una noche la santa compañía,

EL NIÑO

De la santa compañía no, chacha, que me da miedo.

LA VIEJA

De la huestia...

EL NIÑO

No, que me da miedo.

LA VIEJA

Del trasgo.



EL NIÑO

(Tembloroso y pataleando el recordadzo del
escaño.) No, no y no. ¿Oyes?

LA VIEJA

Apacíguate, mío neñín; contarete lo que tú
digas.

Ayuntamiento de Madrid

EL NIÑO

Manda que callen esos.

LA VIEJA

¿Cómo los voy mandar callar?

EL NIÑO

¿No son criados? Quiero que callen...

LA VIEJA

El señor Don Cristóbal consiéntelo.

EL NIÑO

Y cuando vivía mi madre, ¿hacían también lo que querían?

LA VIEJA

Era una santa.

EL NIÑO

¿Cómo era?

LA VIEJA

Una santa. Sea con Dios. *(Se santigua.)*

EL NIÑO

Digo que si era guapa.

LA VIEJA

Como tú mismamente, neñín.

EL NIÑO

¿Soy yo guapo?

LA VIEJA

Calla, angelín zalamero; ¿no lo vas á ser?

EL NIÑO

¿Y cómo iba vestida? ¿Con galones de oro y plata? ¿Llevaba muchos diamantes, sortijas, como la reina?

LA VIEJA

No, que era muy homilde.

EL NIÑO

¿Por qué no lo llevaba? ¿No es mi padre el más rico del mundo?

LA VIEJA

Dicen que lo es mucho; pero tanto como eso yo no sé decirte.

EL NIÑO

Sí, lo es, lo es. *(Crispa los puños.)* Y cuando

yo sea grande, ya verás. Iré á las ciudades y mandaré en todos.

En el piso alto se hace horrisono estrépito de vidrios que se rompen; luego una triple y grande carcajada. El niño, transido de sobresalto, oculta el rostro y solloza.

LA VIEJA

Vaya, que no es nada, neñín. ¿No lo sabes? Son las botellas que bebieron ya. Verás, madre...

EL NIÑO

(Recobrándose poco á poco, y balbuciente.)
¿Cuando ella vivía, también lo hacían? *(Con los ojos consulta el rostro de la vieja, que hace un signo de asentimiento.)* Di, chacha; por dentro, ¿cómo iba vestida mi madre? ¿Llevaba raso y seda?

LA VIEJA

De hilo muy suaviquin y bien obrado, eso sí, pero sin mucho aquel ni fantasía.

EL NIÑO

¿Dónde está la ropa de mi madre? Quiero verla.

LA VIEJA

Cuando murió guardela yo toda en arcones, con membrillos y pimienta, pero, aluego, el señor dióla toda, como él es así tan dadivoso...

El niño hace un gesto de disgusto, algo de misterioso y prematuro. La voz de Don Cristóbal ruge en lo alto:

—¡Cristo, con las pulgas! Es una plaga. ¿Las traes tú, cura? ¡Fuerza es que hagamos en ellas escarmiento ejemplar! ¿Salimos?

Suenan pisadas. A poco aparecen en la cocina Don Cristóbal, Pepón y el párroco. Don Cristóbal anda por los cuarenta; va vestido de terciopelo negro; el cuello de la camisa, desabotonado, y la carne, henchida de sangre, al desnudo; barba y mostachos esparcidos y rubios; los ojos de acero; la expresión, clara y jovial; la cabeza al aire. Pepón viene sonriendo arrebozadamente, con su cara cazurra de gañán cántabro. Y de su parte, Don Eutiquio, sarmentoso y vivaz, manifiesta el contento de vivir y beber en compañía de tan gran señor. Don Cristóbal dice á su hijo:

—¿Conque no te has acostado todavía? Bien, hombre, bien; los hombres han de ser hombres ante todo. ¿Quieres un trago de sidra?—El niño mira á su padre con ojos asustadizos—. ¿No me respondes? A ver, Anastasia, si le has estado contando brujerías y embelecos. ¿Crees que pienso dedicarle á monja, recaña?

Y tomando al niño por los sobacos lo aupa hasta por encima de su cabeza, lo tira al alto y lo ampara por tres veces, hasta que Ignacin aulla tan empavorecido que el padre abandona



el juego y lo pone suavemente en tierra. Vuélvese á los otros dos:

—Ya veis; no parece hijo mío—. Y hace chascar la lengua en señal de reprobación.

III

El palacio de las pulgas

Entre hombres y bestias el caserón de Llaviezo albergaba gran copia de seres animados; se-

Ayuntamiento de Madrid

ñores y dilatada servidumbre, luego caballos, asnos, mulos, vacas, cerdos, gallos de combate, gallinería doméstica, perros de todo linaje, conejería, palomas y tórtolas. Al quebrar la noche los cuarenta gallos ingleses rompían á cantar en sus jaulas, más que evocando al sol enviándose recíprocamente bizarro y cortante reto, y los del corral les seguían con voz pastosa y cascada á causa del profuso ejercicio de la masculinidad; y las tórtolas poníanse á gemir, y las palomas á arrullarse—todas eran blancas, porque en cuanto algún pichón plumaba manchado, Don Cristóbal lo condenaba á la cazuela—, y los perros aullaban, y de la cuadra surgían nerviosos relinchos, gruñidos de los cubiles, y mansos mugidos de los establos, de manera que al asomarse la aurora por Oriente, era saludada con el más vasto y unánime coro rústico que se hubiera oído desde los orígenes de la tierra.

La fatiga de las diurnas labores, de una parte, y de otra el mucho hábito de vivir entre tan varias voces animales, fuera bastante para que los moradores del caserón durmieran á su antojo. Y no era así. No era así por no consentirle las pulgas, dueñas por entero de la casa, y en tanto número, que constituían propiamente una plaga faraónica.

Durante la noche, el dormitorio de criados y gañanes se poblaba de ruidos iracundos, suscitados por la contumacia de las pulgas: denuestos, imprecaciones, blasfemias y la quejumbre de los jergones sobre los cuales se revolvían frenéticamente los cuerpos. En el dormitorio de las hembras la protesta era más módica y cauta: suspiros, lamentos y un rascarse sin tregua, y venga levantarse, cuando una, cuando otra, y sacudir la camisa sobre un barreño de agua que por las mañanas parecía de tinta.

Don Cristóbal no conseguía conciliar el sueño. Las pulgas le herían con particular ensañamiento y le hostigaban hasta hacerle abandonar los colchones y recorrer la casona pataleando y aullando: «¡Maldición, una y mil veces! ¡Malas centellas me partan!»

Ignacio, víctima también de las pulgas, olvidábase de los lancetazos que le inferían porque, con los varios y temerosos rumores que por dondequiera sonaban, pasaba la noche en constante horror y sobresalto, apelonado bajo las sábanas.

Pero chacha Anastasia no sentía las pulgas.

—Paréceme, exclamaba—que todos se golvie-
ron locos, porque á mí maldito si me pican.

Entonces Don Cristóbal arremangaba el brazo para mostrar á la vieja innumerables lentejuelas rojizas, obra evidente del protervo insecto:

—¿Y esto qué es, chacha chocha?

¿Por qué á ella no la molestaban? La vieja, en fuerza de discurrir, halló cabal explicación. Padecía, tiempo atrás, de estreñimiento, que aliviaba tragándose en ayunas bolitas de pan con trozos de acíbar. El amargor, turnándose en su droga

difundíase, sin duda, por la sangre, y las pulgas, adivinándolo, escapaban.

—Tome el acíbar como yo, señor—aconsejaba á Don Cristóbal.

—¡Qué simple eres, chacha Anastasia!

Don Eutiquio y Pepón sostenían que el origen de tanta pulga eran los treinta y cinco perros de caza. Don Cristóbal resolvió darles un buen fregado con agua, jabón y lejía. Cuatro mozos condujeron la trailla al margen del río por una parte que hace vado y dos orillas de arena á modo de playa. Don Cristóbal, acompañado de Pepón y del cura, daba órdenes. Los criados restregaban sin duelo, manteniendo al animal dentro del agua, y los canes gañían lanzando miradas suplicantes al amo, como si le pidiesen ayuda contra aquellos desaforados verdugos.

—¡Calla, *Swift*! ¡Quieta, *Obón*! Vaya, vaya, bobita.

Don Cristóbal se acercaba por examinar la piel, rosada y limpia, separando la tupida pelambre.

—Está bien; no tiene ni una.

El perro salía rebriando y sacudiéndose, y ladraba muy alegre. Y así, uno tras de otro, fueron quedando todos limpios y volvieron á casa en un perfecto estado de pulcritud.

A la noche, *Nena*, una perra *seter*, la favorita de Don Cristóbal, estando adormilada á los pies del amo, estremeciéndose de pronto, y volviendo el hocico, arregañado, hacia las ancas, comenzó á espulgarse nerviosamente.

—¡Otra vez!—bramó Don Cristóbal—¿Está de nuevo comida de las pulgas?

Y no sólo *Nena*, que todos los otros perros estaban á las pocas horas como si no hubieran experimentado la purificación de la lejía.

Les tocó después el turno á los cerdos, y sucesivamente á vacas, mulos, asnos y caballos.

Para bañar á los caballos, dispuso el señor de Llaviedo pintoresca cabalgata. Iba Don Cristóbal á la cabeza, á pelo sobre *Gazul*, un alazán árabe de estampa sutil, cabos luengos y hervorosa sangre, llevando del diestro á *Patón*, un caballejo del país, bronco y discolo. Seguían Pepón, el cura y dos mozos de cuadra, cabalgando todos en la misma guisa de Don Cristóbal, y otro jaco del ramal. Los animales llevaban sujetas á la cabezada verdascas de avellano, con abundante hoja. Trotaban gentilmente sobre las praderías, camino del río, guardando siempre la fila, y en llegando á un profundo pozo, arrojáronse al agua, moviendo un fresco torbellino de espumas y relinchos. Siguiéron aguas arriba, nadando un buen trecho. Don Cristóbal, aconsejado de Pepón, contaba con que las pulgas, en su huida del agua, irían refugiándose en lo más alto de la cabeza de los caballos, y de allí saltasen á la vara de avellano, imaginando hallar seguro y asilo. Es, según sostenía Pepón, una astucia que el zorro emplea por librarse de pulgas. Don Cristóbal gritaba las siguientes maldiciones:

—Mirad bien si suben á la sesera de las bestias y saltan á la vara de avellano.

—Ferviendo están aquí, señor, que parecen un formiguero—habló Toñín, mozo de cuadra, en tanto escrutaba el cogote de la yegua *Leonarda*. Y saltan, saltan á la fueya del ablano, pero muchas caense al río.

El cura encontraba muy divertida la aventura:

—¡Liberanos Domine! Cuánto bicho, señor Don Cristóbal.

Cuando hayan saltado todas á la rama, la arrancáis de pronto y, lejos, al río con ella. Salpicad con una mano la cabeza de los animales—. Ordenó el señor.

—Salpicar... ¿Y cómo? Si tenemos las dos manos ocupadas...—advirtió Don Eutiquio.

—Suelta la rienda, cura, que aquí no se te desboca el penco; y, sobre todo, que si caes, caes en blando.

—¡Liberanos Domine!—repitió el párroco, riéndose.

Los jinetes fueron lanzando á distancia las verdascas, enracimadas de pulgas. Los caballos resoplaban gozosamente. Salieron del río aprovechando un ribazo, revestido de menuda hierba que hacía una blanda enlomadura para meterse por las aguas. Y, ya en el campo, potros, yeguas y caballos de distintos pelos, alazanes, bayos, flor de romero, castaños y negros, parecían con la humedad como mármoles y maderas brufidos, Paros, ágata, caoba y ébano.

Y, á pesar de todo, las pulgas continuaban imperando en la casona de Llaviado.

—¿Por qué no prueba usted á quemar azufre?—aconsejó el sacerdote.

Se quemó azufre, y anduvieron á punto de asfixiarse todos, hombres y animales, mas no las pulgas.

—Como que la culpa no la tienen las bestias, ni la casa, sino las personas; los criados de casa que son unos marranos, y todos los que viven en los caseríos de los alrededores, más marranos aún—decidió Don Cristóbal en última instancia.

Y lo que primero se hizo con los habitantes irracionales de la casona, hubo de hacerse después con los humanos, en dos tandas, varones y hembras. Encargó el amo á la villa ropa nueva para la servidumbre, condujo las prendas masculinas á una pradera junto al río, hizo desnudarse á los hombres y quemar los trapos viejos en su presencia; estuvo presenciando cómo se remojaban y mondaban de cochambre y luego les dió con qué vestirse de limpio. Fué por la mañana, estando el día asoleado y cristalino. A la tarde, y al caer el sol, Don Cristóbal convocó á las mozas.

—Ahora, os toca á vosotras. ¡Andando!

Eran seis hembras fornidas, apretadas de carnes y garbosas de ademán, con ese garbó clásico que da la costumbre de llevar una herrada en la cabeza, una guadaña al hombro, un rebaño de vacas por delante. Las mozas se en-

raban de reojo, indecisas. Don Cristóbal mandaba sin imperio, naturalmente, más que como señor, como hombre convencido de que aquellas mozas solían doblegarse con sumisión, y hasta venturosamente, á satisfacer sus deseos. Estaba el cura presente, y echó de ver muy pronto que el pudor cohibía á las muchachas.

—Repáre, Don Cristóbal...

—¿Qué dices, cura?

—¿Que las mozas quizá que no se atreven.

—Ba, ba, ba. ¿Pues qué de malo tiene esto? ¿Verdad, neñas—Y las miraba con amorosa condescendencia—. Andando. Tú puedes venir, cura, para dar autoridad al acto.

—¿Yo? Tendría que ver... Váyanse que aquí me quedo.

Se pusieron de camino. Don Cristóbal había elegido un paraje recóndito, emboscado de nogales y claros mullidos de fina hierba. Por las lindes del pequeño bosque corría un seto de zarzamora y madreselva, florecida á la sazón. El río llevaba por allí flojo caudal y muy diáfano; con la penumbra de los nogales metida en el seno era como de ámbar, y las guijas del cauce bullíanse mansamente.

Estaban las mozas en fila, con las manos caídas á lo largo del cuerpo y la vista baja, sin determinarse á nada.

Don Cristóbal sabía muy que estas beldades agrarias no se arropan en cendales immaculados sino en burdos y no muy blancos lienzo. Acomodóse en la hierba, de espaldas á las mozas, por confiarlas y evitarse lo menos grato de la escena.

—Desnudaos ya y vais amontonando la ropa á una parte.

A medida que se aligeraban de trapos las mozas iban posesionándose de sí mismas, enardeciéndose; cuchicheaban, chanceaban y reían, cada vez con menos disimulo. Dijérase que con los vestidos perdían el rango humilde de su vida social, adquiriendo, en trueque, el sentido de la dulce misión femenina de siempre, esquividad é incentivo.

—¿Estáis ya?

Movióse un trajín de gritos, carreritas, espanto fingido y risas espontáneas.

—Entavía non.

—Hom, téngase un momentín.

—Arreniego con Don Cristóbal.

El señor disfrutaba para sus adentros de aquella beligerancia que las mozas se tomaban, y á la cual estaba muy hecho por haberla experimentado en muchos lance. Incorporóse de súbito y se volvió á mirárlas. Ellas, al mismo tiempo, le dieron la espalda, apretándose unas contra otras, sin dejar de hablar y reir, y cuando sintieron que el amo se les acercaba, rompió cada una á correr por su lado, entre los troncos de los nogales.

En este punto comenzó un perseguir y evitar que duró buen rato.

El sol se había puesto y el cielo estaba todo

encendido. Un tordo revolaba de nogal en nogal, y en haciendo alto silbaba dulcemente. La aldea se poblaba de temblor de esquila.

Las mozas, á pretexto de recatarse, mostraban más por entero su desnudez, según corrían, como si hicieran alarde de la firmeza de los senos, tan reciamente asidos al pecho que no se estremecían, y de la elasticidad graciosa de los muslos, y de la libertad airosa de los brazos, así como del ágil cimbreo de la cintura, la rectitud suavemente acanala-da de los lomos y la rotundidad algo carminosa de las posaderas. Era el color de todas ebúrneo y caliente; sobre la piel, el crepúsculo difundía resplandor de rescoldo.

Como el juego se prolongase demasiado, Don Cristóbal encarnizóse en seguir-las; á veces alcanzaba á dar un sonoro azote, y, á la postre, fué arrojándolas al agua una por una. En cayendo, como la profundidad del remanso no era bastante á cubrirlas, se revolvían sobre el cauce, de manera que lo enturbiaron y no se les veía el cuerpo.

—Esos rodetes y esos moños, sueltos... —dispuso el amo desde la orilla—. Ahí va el jabón, y ¡duro á fregarse!

Las cabelleras—morenas, pelirrojas, una de oro claro—flotaban en el agua, entre espumas.

Salieron del río sin hacer repulgos.

—¡Calla! —dijo Don Cristóbal á la más rubia, inclinándose á mirarla—. Eres completamente rubia, completamente. No me había dado cuenta.

Las mozas celebraron la gracia.

Se hizo una hoguera con la ropa desechada.

Las mozas, enlazadas de la mano, danzaron en torno. Había estrellas ya en el cielo.

Cuando tomaron la vuelta de la casona era noche cerrada.



Al día siguiente, en durmiendo la siesta, acudió el párroco a la casona, como de costumbre. Don Cristóbal lo recibió entre severo y sonriente.

—Esta noche termino con las pulgas, Eutiquio.

—Mostrad cómo.

—Ya te lo mostraré. Por lo pronto, aprovecha-

remos el tiempo bebiendo sidrina hasta anoche- cuantos minutos. Continuó gritando: — ¡Trae sidra!

—De rechupete, como Cristo nos enseña.

—¿Sí, verdad? ¿En qué evangelio dijo Cristocapellán aplicáronse á beber. Hablaba el cura á todo ruedo como de ordinario; pero el señor,

contra su costumbre, parecía preocupado. De vez en cuando entraba Pepón á recibir instrucciones que Don Cristóbal le hacía tan por lo conciso, que maldito si Don Eutiquio lograba entenderlas. Eran frases tan extrañas é incongruentes como éstas:

—¿Cuántas Sodomas?—interrogaba el amo.

A lo cual respondía Pepón:

—Sesenta.

—¿Serán bastantes?

—¡Uf! — haciendo chascar los dedos de la mano derecha.

—¿Los fardos para el éxodo?

—¿Exodo? —inquiría Pepón muy perplejo.

—Fardos, á secas; ya no entiendes.

—Sí, sí. Haciéndose.

—¿Averiguarálo la mesnada?

—Andan lejos y yo ando listo. ¿Nada más?

—Nada. Vete.

Don Cristóbal había enseñado á Pepón, su fiel cíclope, cierto vocabulario, merced al cual se comunicaban en presencia de los extraños, burlando su curiosidad y dejándoles á oscuras de las palabras y propósitos del caballero. El cura

andaba muy hostigado de la curiosidad.

—Pero, si no es mucha indiscreción, ¿se puede saber, señor Don Cristóbal?

—Ya sabrás, curilla.

—Sodoma... mesnada...—y se arrascaba, meditando, el colodrillo.

—Bebe y calla, presbítero.



—Vaya, déjese, señor, de chanzas, y venga la sidra. Pero ¿no nos acompaña hoy Pepón Peñamellera?

—No; ha de cumplir mis órdenes para la total extinción de las pulgas. ¡Panchón!—gritó Don Cristóbal con una voz tan recia, que la casona estalló en truenos durante unos

Y así, de unas en otras, llegó la cena, que aquel día se adelantó por mandato expreso del señor de Llaviedo. El cura permaneció en la casa. Concluida la cena de los amos, Don Cristóbal bajó á la gran cocina, en donde la servidumbre comía el craso y sabroso pote del país, sazonzando la tarea con vayas, chancetas, farsas y galanterías en que, por andar muy ocupada la boca, la mano obraba con mucha elocuencia. Ramona, segunda ama de llaves, repartía pingües raciones en los grandes cuencos de madera. Estaban los criados á la redonda, en amable promiscuidad de sexos. En el medio las ferradas, con sus cangilones dorados. De vez en vez levantábase un sirviente y bebía con codicia.

Entró el señor é hizo silencio. Seguíanle al unigénito, Ignacio, el cura y Anastasia, y el séquito llevaba rostro de estupor. Don Cristóbal rompió por entre dos mozos y fué á ponerse en el medio de la rueda. Los otros esperaban que hablase desde fuera.

El amo miraba en derredor, tituteaba. Todos tenían el alma colgada de sus labios. Dijo al cabo:

—Celesto, atrailla los perros. Joaco, ensilla los caballos. Mingo, mete los gallos en su capaz. Xuan, saca las vacas á la caleya. Fora, amarra los gochos por parejas...

Los ojos de los que escuchaban se asombraron. Pero nadie osó hablar. Don Cristóbal continuó:

—Antón, á las once que estén los tres carros enganchados y listos. He dicho á las once, de modo que al quebrar la noche podamos estar de camino para Riverulla, en tanto esta maldita casa arde y queda hecha cenizas por siempre jamás, amén.

El trance hubiera sido de extremada solemnidad á no ocurrir que algunos, sintiéndose desazonados por las pulgas, comenzaron á rebullir y rascarse sin duelo ni disimulo, y uno de ellos fué el propio Don Cristóbal.

—¡Repuño!—bramó encolerizado—. No me parió mi madre para aguantar porquerías.

Entonces Anastasia se puso á sollozar con desaliento, como anonadada. Había nacido en la casona. Su universo eran los valles natales, en cuyos linderos comenzaba la región de las sombras, de lo desconocido; pensaba que la entrada del paraíso, término de trabajar y andanzas terrenas, estaba precisamente en el cementerio aldeano, á la vera de la tumba de sus mayores. Arrancarla, en la extremidad de la vida, de aquel atadero último, era lo mismo que condenarla eternamente á peregrinación miserable, el harapo de la carne mortal á cuestras, desterrada por los siglos de los siglos del rincón y reino sosegado del otro mundo, igual que el Judío Errante, de quien había oído hablar siempre con espanto.

Viendo el niño la tribulación de la vieja chacha y presintiendo algún grave y vago infortunio, fué á refugiarse entre sus brazos.

y se le abrazó á las piernas, hipando y llanteando.

Las mozas, á su vez, comenzaron á lamentarse clamorosamente y luego les acompañaron algunos mozos de pecho pusilánime. No se daban de abandonar afectos y parentela, sino que les amedrentaba la aventura como una transigración á otro planeta, probablemente hostil y lóbrego.

Entre todos levantaban espantable vocerío y duelo. Don Cristóbal hubo menester de su acento catastrófico para imponerse.

—¡Dios de Dios!... ¡Silencio! No sabía yo que era abadesa de un convento de monjas, y no amo de mi casa... El que quiera llorar, que salga en seguida de la mía y váyase á la suya. Y si todos se van, mejor. Me basto yo solo para acarrear hasta el fin del mundo mis bienes, gobernar mis coches y conducir mis bestias. Libres son de venir los que lo apetezcan, y de quedarse los tímidos. El administrador les pagará la soldada debida. Entretanto, quienes me acompañen, beban tanta sidra como les lleve el vientre, que al fin y al cabo el fuego dará cuenta muy pronto de las bodegas. Anastasia y Eutiquio, seguidme arriba.—Salió del corro de criados, y, volviéndose desde la puerta, seguro de que todos irían con él, dijo por última vez:—Ya sabéis; á las once, todo listo. Pepón os dará instrucciones.

Quedaron á solas los criados, y constituyéndose en asamblea, deliberaron. Por discurrir con mayor seguridad y cautela trajeron sidra abundante, de la cual bebían frecuentemente. Pepón, ayudado del atraillador de los canes y del cochero, que como él habían servido al rey y recorrido muchas tierras, hicieron cuenta pintoresca de lo bueno y provechoso que es andar mundo, ver países y conocer caras nuevas. Pepón, además, había estado con el señor en Riverulla.

El palacio era más grande y más majo que la casona de Llaviedo; tenía jardines muy guapos en torno de él, con muchos rosales y matas de flor menuda y azul, que le dicen lotropos, y que huele á bendición, hasta mariar; y, sobre todo, á dos pasos del jardín está la cosa mejor que hay en el mundo, una cosa que plasma (maravilla). El mar. ¿Sabían ellos lo que era el mar? Añádase la caza de jabalinos, que entre los maizales corren en manadas, arruinándolo todo. Esto de los jabalinos no les hizo mucha gracia á las mozas. Pero allí estaba Pepón para convencerlas de que eran inofensivos y sus jamones mejores que los del gocho común. En suma, que Pepón y los otros dos se dieron tan buen arte dialéctico, que á la vuelta de dos discursos, lo que era antes incertidumbre y desconsuelo, se trocó en resolución y entusiasmo. Las mozas, por su parte, encontraban muy de su gusto continuar gozando las buenas gracias de Don Cristóbal, al cual, como la muerte, era un equitativo, que lo mismo llegaba hasta el

lecho d
pobres.

Falo
es el di
sería op
del lug
una h
movimi
sona.

Entre
hacia e
Anastas
difícil,
gatos, a
tradicio
cobijo d
lagos, y
cabeza
severid
bal; pe
mada, i

—Van
larla—
lado de
caída s
furtivas
bien tú

El cur
—Calo

Don C
—Pue

solo es

—Eso
—Te l

—Eso
—¿Q

no hará
¿Calla

—¿El
to—. Ye

—Que
rigo al

—¿Di
pués de

una zap

El niñ
caoba, e

Desde

puesto,

Llaviedo

Era u

Cristóba

daba y

forme á

En el
corralac

fueron
de vaca

dumbre.

lecho de oro que descendía al camastro de las pobres.

Faló (y perdón el lector la palabra, pero este es el diminutivo asturiano de Rafael) indicó que sería oportuno comunicar la nueva á las gentes del lugar. Salieron dos emisarios, y, antes de una hora, las aldeas circunvecinas andaban en movimiento, santiguándose, camino de la casona.

Entretanto, en la sala familiar, Don Cristóbal hacía esfuerzos por llevar al corazón de Anastasia algún confortamiento, empeño difícil, porque la vieja, lo mismo que los gatos, aun sintiendo apego á sus señores tradicionales, era mayor el que la unía al cobijo casero de toda su vida. Mimos, halagos, y aquello de pasar la mano por la cabeza de la anciana, promesas, enojos, severidades: todo lo ensayó Don Cristóbal; pero la vieja permanecía muda, abismada, inconsolable.

—Vamos, Eutiquio, ayúdame á consolarla—dijo el caballero, volviéndose del lado del cura, y vió que tenía la cabeza caída sobre el pecho y que unas lágrimas furtivas le humedecían el rostro.—¿También tú?

El cura no atinaba á hablar.

—Calcule... que... yo... me quedo solo.

Don Cristóbal rompió á reír.

—Pues tienes razón. Pero si te quedas solo es porque te da la gana.

—Eso... ¿Y mi parroquia?

—Te hago capellán mío.

—Eso... ¿Y el obispo?

—¿Quién? ¿Fray Celedonio? Buen zote: no hará en este caso sino lo que yo le diga.

—¿Callas? Eso... ¿Y el ama?

—¿El ama?—Riéndose, se sorbía el llanto.—Yo no tengo sino amo.

—Que soy yo. ¿Eh? Adulador... ¡Clérigo al fin!

—¡Dios! ¡Hágase su voluntad!—Y después de una pausa:—Tentado estoy de hacer una zapateta en el aire.

El niño, tumbado en un diván de raso verde y caoba, en forma de barco, sollozaba entre sueños.

*
**

Desde las once de la noche, como estaba dispuesto, comenzó el azacaneo en la casona de Llavedo.

Era una noche de Agosto, serena y tibia. Don Cristóbal, como el general de un ejército, mandaba y distribuía el orden de las huestes, conforme á un plan.

En el frontal del edificio hacíase una espaciosa corralada, á manera de patio de armas, á donde fueron saliendo la piara de cerdos, el rebaño de vacas, la jauría, los caballos y la servidumbre.

Lo primero, el señor lo distribuyó en secciones, de suerte que cada grupo estuviera en su sitio, aisladamente.

La corralada tenía alla cerca, guarnecida en lo alto del muro con cascós de vidrio, y un arco de medio punto con fornidas puertas de castaño y herrajes, por donde se salía á una calleja, orillada de zarzamoras, madreselvas y uno que otro sauce.

—Tú, Celesto, que eres ágil y fuerte, monta



en el Patón, y tú, Félix, en el Lucero. Romperéis la marcha. Salid á la cabeza.

Los criados obedecieron. Patón, sintiendo el jinete en sus lomos, hizo cabriolas, relinchando, á impulso de su discolta condición. Mas Celesto, de musculatura férrea, le oprimió las costillas y se mantuvo inmóvil.

—¡Bien!—exclamó Don Cristóbal.

Salieron de la corralada. A la zaga de ellos y pastoreado por Xuan y Leuterio comenzó á desfilar el rebaño de vacas; berrendas, corpulentas, pausadas, de exigua cornamenta y amplia ubre las más, traídas de la propia Suiza á Cantabria por el amo; vivas, menudas, rojas, de cuernos en hechura de lira y ubre breve pero jugosa, las otras, nacidas en el país. Los recentales retozaban y mugían rudimentariamente, topando á veces en el flanco de la madre, y sus grandes pupilas orbiculares y cristalinas se llenaban de claridad. La manada iba envuelta en un

vaho caliente, de gravedad y sonoridad rústicas. Fueron detrás los cerdos, estúpidos y recelosos, mostrando su contrariedad en gruñidos entrecortados y alaridos inoportunos. Luego los canes atraillados. Detrás los tres carros: uno para el bagaje y *capaces* ó jaulas de los gallos de pelea; el segundo para las mozas de la servidumbre; el tercero para Ignacín, Anastasia y el cura si quisiera reposarse.

Formóse el orden en la calleja. La noche andaba por filo. Don Cristóbal, caballero en el *Gazul* y la carabina á la bandolera, recorría al tróte las huestes, por ver si estaba todo ya en su punto. Los aldeanos se mezclaban con los emigrantes;

—Dios nos ampare, señor. ¿Qué hacemos? Un accidente. ¡Ay, mío rapacín del alma! Son avisos del cielo.

Al mismo tiempo, el cura, que había venido también, bisbiseaba:

—¿Y si nos quedáramos?

Don Cristóbal callaba, iracundo. Sentía deseos de hacer trizas entre sus puños aquel engendro suyo, débil y lastimoso.

—¡Que no te oiga, cura! ¡Que no te oiga, Anastasia! ¡Que no os oiga!—masculló, sacudido por funesto impulso.

El niño se recobraba poco á poco, volvía á los sentidos. Su agitación se remansaba en un llanto



eran padres, hermanos, amantes, amigos. Algunos lloraban sin rebozo.

Don Eutiquio detuvo un instante el caballo del señor.

—¿Y si nos quedáramos? Falta poco para concluir el verano. Las pulgas... acabaránse—murmuró en voz trémula y susurrante por temor de ser oído y con esto enojar al caballero.

En aquel punto un afilado alarido atravesó la noche. Era Ignacín, el unigénito. Oíanse, acompañando la voz infantil, quejumbres seniles de Anastasia. Hombres y bestias guardaron silencio, transidos de zozobra. Y en aquel intervalo mudo sonaba, diáfana y melosamente, el canto de los sapos, profusos entre las soledades agrestes.

Don Cristóbal acudió al galope hasta el carro en donde se guardaba su hijo. Asomó el busto por la toldilla.

silencioso y sedante. Una dulce ternura invadió al caballero.

—¿Qué le ocurre?—interrogó.

—Llora, llora como un angelín—respondió la vieja.

—Dámelo acá.

—Señor...

—Dámelo acá, he dicho.

Don Cristóbal dejó las riendas abandonadas sobre el cuello de *Gazul* y tomó á su hijo en brazos. Le besaba y decía frases de requiebro.

—¡Ignacio, bobón, más que bobón, cobardote!... ¿No sabes que tu padre te quiere? ¿Tienes miedo estando con tu padre?

El niño se adhería al pecho del caballero y parecía recibir transfundido el esfuerzo de su genitor.

—¡Ajajá! Así. ¿Qué te parece?—Lo colocó á rebalgas, delante del arzón delantero, y pasando sus brazos por los sobacos de Ignacio, empuñó

de nuevo las riendas—. ¿Quieres que corramos?

—Sí, sí—repuso el niño, pero su cuerpo temblaba.

—Luego; ahora dormirás un rato, sin miedo. Yo voy al lado tuyo, junto al carro.

El vozarrón del de Peñamellera llegó desde la corralada.

—¡Son las doce menos cuartooo!...

El niño elevó la cabeza, derribándola hacia atrás, de suerte que la frente rasaba con la barba de Don Cristóbal, y dijo muy suavemente:

—¿Es verdad que haces arder la casa? ¿Y los retratos de mamá?

—Miren el mocoso...

Las entrañas del caballero se henchían de orgullo. Inclínose y besó la frente del hijo.

—Descuida, hijo mío, que todo lo importante va con nosotros.

—¿Y las tórtolas?

—Pues es verdad. ¡Pepón!—rugió—. ¡Traigan las jaulas de las tórtolaas!... Ahora acuéstate en el carro y duerme. Ordenaré que vayan las tórtolas contigo.

—¿Y las palomas? ¿Se van á quemar?

—Tontas serían. Cuando les llegue el fuego cerca, ya volarán—y con paternal mesura colocó al hijo dentro del carro.

Retirábase, cuando un golpe de aldeanos hizo cerco á su caballo. Con circunloquios humildes preguntaban qué iba á ser de los conejos y aves de corral que permaneciesen en el caserón incendiado. ¿Y las otras cosas de señorío que habían de ser alimento de las llamas: ropas, muebles, comida y bebida? ¿Por qué no hacía el señorín de Dios caridad á los pobres, consintiéndoles tomar aquello que pudieran?

—¡Pues que lo tomen!—cortó malhumorado, rompiendo con el mendicante corro á pechugones de *Gazul*—. Vuestra es la casa hasta las doce. Haced botín y estrago si os parece. Pero no se os olvide que á las doce en punto ha de arder, y el que se descuide, perecerá.

Con esto, los labriegos fueron á desparramarse, jubilosos y concupiscentes, por el interior de la casona.

Don Cristóbal revisó sus gentes por última vez. La noche era translúcida, clara, parpadeante. Algún gallo emitía su quiquiriquí, á la sordina, desde su capaz.

Retumbó de nuevo la voz de Pepón:

—¡Media nocheeee... mi amo!

—Pues fuego en ella, y ¡bendito sea Dios!

Hubo una pausa de infinita angustia, como si el mismo cielo participase de la emoción del acto. Temblaban las constelaciones á un lado y otro del polvoroso camino de Santiago, como trigales en las lindes de las veredas blancas; temblaban misteriosamente los seres de naturaleza y temblaban los hombres, con rumbo al mañana ignorado. Pero estaban claros, fríos y serenos la luna, la voz de los sapos y el corazón del caballero, el cual conminó á los suyos:

—¡En marcha!...

Y la nómada pandilla comenzó á moverse. Ofíase, en la cabeza, á *Patón*, bronco y rebelde, relinchando, y á Celesto saciando en él su cólera:

—¡Mal rayo te parta, cabrón!

El de Peñamellera llegó á poco y cabalgó un caballo que le estaba apercibido. Después, galopando, alcanzó la vanguardia. Conocía la comarca, y Don Cristóbal le había encomendado guiar la caravana por la ruta más fácil. Don Eutiquio, jinete sobre otro caballo, de mansas inclinaciones, marchaba al lado del señor. Después de una hora de camino, pidió consentimiento para retirarse al carro en donde iban Ignacio y Anastasia, no sin antes preguntar:

—¿Me quiere decir, Don Cristóbal, qué eran aquellas Sodomas de que hablaba usted esta tarde con Pepón?

—Latas de petróleo.

—Ahora lo comprendo.

Acompañóle el amo hasta el vehículo.

—¡Anastasia!

—Mande, señor.

—Veo que no duermes.

—Quién duerme, señor.

—¿Ignacio?

—Como un santín.

—Ahí entra el señor cura. Confío en vuestra formalidad.

Y partió hacia las avanzadas.

Al cuarto de hora de camino tropezaron con un bosque de robles, que evitaron bordeándolo, de manera que perdieron de vista la casona, la cual, aparentemente, no ardía aún. De la densidad lóbrega del bosque manaba un olor húmedo y acre. Entre los matorrales, al pie de los troncos, brillaban las luciérnagas.

Atravesaron la aldea de Pumariegos, en donde el caserío se amontona en la falda de un monte. Dormía la aldea, á la sazón, en un reposo de eternidad. Habló el caballero:

—¡Qué armonioso silencio! Hace pensar que la vida es algo estúpido y agrio.

Los gozques labriegos, bajo los hórreos, comenzaron á ladrar desesperadamente; pero callaron á seguida que la jauría de Don Cristóbal contestó unánime y agresiva. Abriéronse algunos ventanucos y se cerraron de golpe, no sin que voces asustadas murmurasen: ¡Joasús!

A la espalda de Pumariegos se inicia el arranque de un serrijón, que llaman Puerto de Dueñas.

—Hasta que lleguemos á la cumbre de las Dueñas—advirtió Peñamellera—, á eso de la mañana, no vemos la casona, porque los montes tápanla. Allí descansaremos, paezme á mí.

Xuan, el de las vacas, cantó:

¡Válgame el señor San Pedro
y la Virgen Soberana!

—¡Ijujú!—clamorearon, así que hubo concul-



do, todos los mozos nómadás. Luego, desde su puesto cada cual, compusieron un coro:

La portillera, María;
si vas al prado,
cierra bien la portillera.
Torito bravo
quiere entrarse en tu pradera.

—¿Oyes, oyes, Pepón? Y no querían venir.
Los ojos del caballero resplandecían acusamente, á la luz de la luna. Volvió la cabeza.

—Parece que es madrugada.

—No, que es el incendio que sube por detrás de los montes.

El terreno estaba frondoso de pinos, y la noche fragante. Levantóse una ventolina, tímida é

Ayuntamiento de Madrid

impal
—Pa
—Se
Era
Cristó
garron
rozán
rros e
mod
La
detrás
amort
—¿E
—Me
A la
seta q
Cristó
casa s
dor se
fagas
cuello
cico y
bía un
En u
tóbal
Celest
tienda
Ignac

impalpable, que hacia estremecerse á los árboles.

—Parece que nos llaman desde la sombra.

—Son buhos y lechuzas. Mire allá.

Eran dos puntos de estática fosforescencia. Don Cristóbal requirió la carabina; disparó. Se apagaron los encendidos puntos y una sombra pasó rozándole el rostro. Caballos, vacas, cerdos y perros expresaron su sobresalto, cada cual á su modo.

La aurora alentaba ya, apenas sensible, por detrás de las cimas del puerto. Las estrellas se amortiguaban, alejándose.

—¿Estamos cerca de la cumbre?

—Media hora, Don Cristóbal.

A la media hora de jornada ganaban una meteta que se hace en el lomo del serrijón. Don Cristóbal, en pie sobre los estribos, miró á su casa solariega. Ardía plenamente, entre el verdor sereno de los valles. Por el aire llegaban ráfagas de resinas tostadas. *Gazul*, engrifando el cuello nervioso, dilataba las ventanillas del hocico y piafaba. Sobre la frente del caballero había un reflejo de luz roja.

En un pradal, circuido de setos, hizo Don Cristóbal que se distribuyese la caravana. Pepón y Celesto acomodaron, con palitroques y lona, una tienda, en donde el señor había de descansar.

Ignacio, Anastasia, el cura y las mozas no da-

ban señales de vida. Mas los gallos, belicosos, saludaban el día desde sus prisiones.

—Traed el gallo colorado vivo y el giro patinero.

Don Cristóbal había descendido del caballo. En viendo las dos jaulas, añadió:

—Vamos á verlos pelear.

Los criados hicieron corro. Salieron los dos gallos; uno, el colorado, se llamaba *Jaque*; *Tato* el otro. Miráronse de soslayo; picotearon el suelo con afectado descuido, como si no se hubieran visto; cacarearon sordamente, avanzaron al sesgo, y, cuando estuvieron á una distancia conveniente, partieron á un tiempo, revolando, á chocar de pecho, con el pico entreabierto y los espaldones adelantados.

Amo y servidores permanecían embebidos en la lucha, ajenos al gorjeo matinal de las aves de cumbre y al gemido persistente de las tórtolas.

La claridad crecía, moviendo rumores.

El *Tato* apuñaló muy presto á su adversario. ¡Quiquiriqui!, cantó, empinándose sobre el vencido.

Una gran palpitación de alas hizo levantar la cabeza á Don Cristóbal y los suyos. Eran las palomas de Llaviedo, blancas todas y en bandada, que fueron á posarse sobre el carro en donde dormía Ignacio.

Lamón Terán de Ayala

Números publicados de EL CUENTO SEMANAL

Año I.—Primer semestre.—1.* Jacinto Octavio Picón: *Desencanto*.—2.* Jacinto Benavente: *La sonrisa de Gioconaa*.—3.* Gregorio Martínez Sierra: *Aventura*.—4.* Eduardo Zamacois: *La cita*.—5.* Salvador Rueda: *La guitarra*.—6.* Antonio Zozaya: *La maldita culpa*.—7.* Emilia Pardo Bazán: *Cada uno...*.—8.* Joaquín Dicenta: *Una letra de cambio*.—9.* Felipe Trigo: *Reveladoras*.—10. José Francés: *El alma viajera*.—11. Eduardo Marquina: *La caravana*.—12. Juan Pérez Zúñiga: *La soledad del campo*.—13. Pedro de Répide: *Del Rastro a Maravillas*.—14. Manuel Bueno: *Guillermo el apasionado*.—15. Manuel Linares Rivas: *La espuma del champagne*.—16. Pedro Mata: *Ni amor ni arte*.—17. Amado Nervo: *Un sueño*.—18. Alejandro Sawa: *Historia de una reina*.—19. F. Villaespesa: *El milagro de las rosas*.—20. S. y J. Alvarez Quintero: *La madrecita*.—21. Sinesio Delgado: *El fin de una leyenda*.—22. Ramírez-Angel: *De corazón en corazón*.—23. A. Larrubiera: *La conquista del jándalo*.—24. Mauricio López-Roberts: *Las tres reinas*.—25. Colombine: *El tesoro del castillo*.—26. F. Serrano de la Pedrosa: *¡Por mala!*

Segundo semestre.—27. Pablo Parellada: *Pompas de jabón*.—28. Ramón Pérez de Ayala: *Artemisa*.—29. Manuel Ugarte: *La leyenda del gauchito*.—30. Mariano Vallejo: *Deuda pagada*.—31. Arturo Reyes: *La Moruchita*.—32. Angel Guerra: *Al «jallo»*.—33. Rafael Leyda: *Santificarás las fiestas*.—34. Cristóbal de Castro: *Luna, lunera...*.—35. Ricardo J. Catarineu: *Almas errantes*.—36. Francisco F. Villegas (Zeda): *Confesión*.—37. Claudio Frollo: *Cómo murió Arriaga*.—38. Antonio Palomero: *Don Claudio*.—39. Pompeyo Gener: *Últimos momentos de Miguel Servet*.—40. Carlos Luis de Cuenca: *Lo que son las cosas*.—41. J. López Pinillos: *Frente al mar*.—42. Blanca de los Ríos: *Las hijas de D. Juan*.—43. Julio Camba: *El día de San Hierro*.—44. Miguel Sawa: *La muñeca*.—45. Luis Bello: *El corazón de Jesús*.—46. J. Ferrándiz: *El «Dies iræ» de San Huberto*.—47. A. R. Bonnat: *Un hombre serio*.—48. Alberto Insúa: *Las señoritas*.—49. J. M.* Salaverria: *El literato*.—50. Apeles Mestres: *La espada*.—51. Blanco-Beimonte: *La ciencia del dolor*.—52. Rafael Salillas: *Quiero ser santo*.—53. NÚMERO-ALMANAQUE: *Del camino*, por Joaquín Dicenta. *Precio: 50 céntimos. —54. Manuel Linares Rivas: *Un fiel amador...*.—55. Antonio Zozaya: *Cómo delinquen los viejos*.—56. Eduardo Marquina: *La muestra*.—57. Arturo Gómez-Lobo: *La senda estéril*.—58. Sinesio Delgado: *Espíritu puro*.—59. Pedro de Répide: *El sol de la bolera*.—60. Eduardo Zamacois: *El collar*.—61. J. Francés: *Mientras las horas duermen*.—62. Gabriel Miró: *Nómina*.—63. Ramón A. Urbano: *El barbero del usta*.—64. Pascual Santacruz: *Nobleza obliga*.—65. José M.* Matheu: *Un bonito negocio*.—66. Leonardo Sherif: *Los cuernos de la luna*.—67. Francisco F. Villegas (Zeda): *La fábrica*.—68. Blanca de los Ríos: *Madrid goyesco*.—69. Felipe Sassone: *Viendo la vida*.—70 y 71. Benito Pérez Galdós: *Gerona*.—72. Jacinto Octavio Picón: *Rivales*.—73. G. Martínez Sierra: *Torre de marfil*.—74. A. Hernández-Catá: *El pecado original*.—75. Arturo Reyes: *El Niño de los Caireles*.—76. F. García-Sánchez: *Historia romántica*.—77. Felipe Trigo: *El gran simpático*.—78. Raymón M. Tenreiro: *E brujamiento*.

Año II.—Primer semestre.—53. NÚMERO-ALMANAQUE: *Del camino*, por Joaquín Dicenta. *Precio: 50 céntimos. —54. Manuel Linares Rivas: *Un fiel amador...*.—55. Antonio Zozaya: *Cómo delinquen los viejos*.—56. Eduardo Marquina: *La muestra*.—57. Arturo Gómez-Lobo: *La senda estéril*.—58. Sinesio Delgado: *Espíritu puro*.—59. Pedro de Répide: *El sol de la bolera*.—60. Eduardo Zamacois: *El collar*.—61. J. Francés: *Mientras las horas duermen*.—62. Gabriel Miró: *Nómina*.—63. Ramón A. Urbano: *El barbero del usta*.—64. Pascual Santacruz: *Nobleza obliga*.—65. José M.* Matheu: *Un bonito negocio*.—66. Leonardo Sherif: *Los cuernos de la luna*.—67. Francisco F. Villegas (Zeda): *La fábrica*.—68. Blanca de los Ríos: *Madrid goyesco*.—69. Felipe Sassone: *Viendo la vida*.—70 y 71. Benito Pérez Galdós: *Gerona*.—72. Jacinto Octavio Picón: *Rivales*.—73. G. Martínez Sierra: *Torre de marfil*.—74. A. Hernández-Catá: *El pecado original*.—75. Arturo Reyes: *El Niño de los Caireles*.—76. F. García-Sánchez: *Historia romántica*.—77. Felipe Trigo: *El gran simpático*.—78. Raymón M. Tenreiro: *E brujamiento*.

Segundo semestre.—79. Cristóbal de Castro: *Las insaciables*.—80. Joaquín Dicenta: *La gañanía*.—81. Colombine: *Senderos de vida*.—82. Salvador Rueda: *El poema de los ojos*.—83. José Santos Chocano: *La cruz y el sol*.—84. Claudio Frollo: *Las cuatro mujeres*.—85. Eduardo Marquina: *Corneja siniestra*.—86. Mauricio López-Roberts: *En la cuarta plana*.—87. A. Zozaya: *La princesita de Pan y Miel*.—88. Pedro de Répide: *Noche perdida*.—89. Manuel Ugarte: *La sombra de la madre*.—90. Pedro Mata: *Cuesta abajo*.—91. F. Serrano de la Pedrosa: *El «Emperador»*.—92. Joaquín Dicenta: *Galerna*.—93. J. Benavente: *Nuevo coloquio de los perros*.—94. A. Martínez Olmedilla: *Por dónde viene la dicha*.—95. Condesa de Pardo Bazán: *Allende la verdad*.—96. J. Ortiz de Pinedo: *La dicha humilde*.—97. Eduardo Zamacois: *Paralítico*.—98. Felipe Trigo: *Las posadas del Amor*.—99. J. M.* Salaverria: *Mundo subterráneo*.—100. A. González Blanco: *Un amor de provincia*.—101. J. López Pinillos: *Los enemigos*.—102. Antonio Zozaya: *La bala fría*.—103. Condesa de Pardo Bazán: *Belcebú*.—104. Juan Pérez Zúñiga: *El cocodrilo azul*.

Año III.—Primer semestre.—105. Manuel Bueno: *El talón de Aquiles*.—106. Enrique López Alarcón: *La Cruz del Canario*.—107. J. Téllez y López: *Mater admirabilis*.—108. R. Urbano: *La Santa Fe*.—109. F. Flores García: *El padrino*.—110. G. Martínez Sierra: *Eglaga*.—111. Felipe Trigo: *Lo irreparable*.—112. J. J. Lorente: *Fueros de la carne*.—113. J. Benavente: *¡A ver qué hace un hombre!*.—114. Cijes Aparicio: *La venganza*.—115. F. Periquet: *Exhausto*.—116. López de Haro: *Vulgaridad*.—117. Cristóbal de Castro: *La bonita y la fea*.—118. Eugenio Sellés: *Ensueños de muñecas*.—119. Luis Calpeña: *Un milagro del Arte*.—120. Pedro Mata: *La celada de Alonso Quijano*.—121. R. del Valle Inclán: *Una tertulia de pena*.—122. José M.* Matheu: *Entre el oro y la sangre*.—123. Alberto Insúa: *Cómo cambia el amor*.—124. Pedro G. Matheu: *Hidalguía morisca*.—125. Ricardo León: *Amor de caridad*.—126. F. Serrano de la Pedrosa: *La broma*.—127. Emilio Carrère: *El dolor de llegar*.—128. Eduardo Marquina: *Beso de oro*.—129. Guillermo Hernández: *Pedazos de vida*.—130. José Francos Rodríguez: *La hora feliz*.

Segundo semestre.—131. Eugenio Noel: *Alma de santa*.—132. Luis de Tapia: *Así en la tierra*.—133. Juan A. Cavé: *tanv: La Niña de los rubios*.—134. Luis Antón del Olmet: *Por qué soy un bohemio*.—135. E. Menéndez y Pelayo: *El mote*.—136. Bernardo Herrero Ochoa: *La esfinge de hielo*.—137. Luis Huidobro: *Carucho*.—138. Federico Urrecha: *El suicidio de Regulez*.—139. J. Pous y Pagés: *El hombre bueno*.—140. Alfonso García del Busto: *Sueño de hogar*.—141. Benigno Varela: *La Terrorista*.—142. Andrés González-Blanco: *El castigo*.—143. Francisco Villaespesa: *El último Audorra*.—144. E. Gómez Carrillo: *Nuestra Señora de los Ojos Verdes*.—145. F. Falero Marquina: *Rara avis*.—146. Felipe Trigo: *A todo honor*.—147. Ramón Pérez de Ayala: *Sentimental Club*.—148. Carmen de Burgos (Colombine): *En la guerra*.—149. Rafael López de Haro: *Del Tajo en la ribera*.—150. Eduardo Marquina: *Rosas de sangre*.—151. Martínez Cuenca: *Semana de Pasión*.—152. Concepción Gimeno de Flaquer: *Una Eva moderna*.—153. Alberto Insúa: *El crimen de la calle de...*.—154. Carlos Fernández Suñer: *El poema de Caracol*.—155. Luis Cánovas: *El obstáculo*.—156. Sofía Casanova: *La princesa del amor hermoso*.—157. Miguel Ramos Carrión: *La reina de los Madgyares*.

Año IV.—Primer semestre.—158. Salvador Rueda: *El poema a la mujer*.—159. Pedro de Répide: *Un cuento de viejas*.—160. Dorio de Gádex: *Por el camino de las tonterías*.—161. Arturo Reyes: *De mi almízar*.—162. Vicente Almela: *La senda triste*.—163. Joaquín Belda: *Un baile de trajes*.—164. Carlos Miranda: *Mi niña*.—165. Benigno Varela: *Relám pagos de mi vida*.—166. Antonio M. Viérgol: *La tragedia política*.—167. Felipe Sassone: *En carne viva*.—168. Joaquín Dicenta: *El idilio de Pedrín*.—169. Waldo A. Insúa: *Vida truncada*.—170. Prudencio Canitrot: *El señorito rural*.—171. Amado Nervo: *Femina*.—172. A. Hernández Catá: *La distancia*.—173. E. Marquina: *Fin de raza*.—174. Antonio de Hoyos y Vinent: *La reconquista*.—175. Luis Huidobro: *La casa número 13*.—176. José María Tenreiro: *La agonía de Madrid*.—177. Emilio Carrère: *Elvira la espiritual*.—178. Gustavo Vivero: *Amelia*.—179. Concha Espina de Serna: *La ronda de los galanes*.—180. Mark-Twain: *El capitán Tormenta*.—181. Anatole France: *Komm «el Atribata»*.—182. Francisco Rodríguez Marín: *Azar*.

Segundo semestre.—183. León Tolstoy: *Valor*.—184. Felipe Trigo: *Además del frac*.—185. Colette Willy: *Mi alma era cautiva*.—186. Alberto Insúa: *La camarera del Bar Inglés*.—187. Alfonso Daudet: *Calvario*.—188. Charles Bau laire: *La Fanfarlo*.—189. Antonio de Hoyos y Vinent: *La estocada de la tarde*.—190. Robert L. Stevenson: *El diablo embolado*.—191. Manuel Linares Rivas: *Lo que no vale la pena*.—192. Emilio Carrère: *Aventuras de Amber, el luchador*.—193. Eça de Queiroz: *El difunto*.—194. José M.* Salaverria: *Nicéforo*.—195. Paul Hervieu: *Los ojos verdes*.—196. Juan Tomás Salvany: *Quinientas pesetas*.—197. Benigno Varela: *La humilde curiosa*.—198. Joaquín Belda: *No hay burlas con el casero*.—199. A. González Blanco: *Idilio de a ea*.—200. Emiliano Ramírez Angel: *Los ojos azules*.—201. José Francés: *La venganza del río*.—202. Augusto Martínez Olmedilla: *El precipicio*.—203. Federico Jaques: *La última jugada*.—204. Alejandro Larrubiera: *Tía Paz*.—205. Julio de Hoyos: *Evangelina*.—206. Mauricio López-Roberts: *Mar adentro*.—207. Luis Antón del Olmet: *La risa del fauno*.—208. Pedro de Répide: *Un pirador de ayer*.—209. NÚMERO EXTRAORDINARIO. López Silva: *El patio tranquilo*.

Año V.—Primer semestre.—210. Francisco Villaespesa: *La venganza de Aischa*.—211. Eugenio Noel: *El rey se divierte*.—212. Isaac Muñoz: *Los ojos de Astarté*.—213. Manuel Aranzaz: *Castellanos: El cojo, campeón*.—214. Arturo Reyes: *Sangre gitana*.—215. Emiliano Ramírez Angel: *Historia sin desenlace*.—216. José M. Matheu: *Después de la caída*.—217. J. López Pinillos: *El ladronzuelo*.—218. F. García Sánchez: *Pastorela*.—219. Vicente Pastor: *Los amores de Vicente Pastor*.—220. Antonio de Hoyos y Vinent: *La pantera vieja*.—221. Waldo A. Insúa: *Cinematógrafo provincial*.—222. Eugenio Noel: *El crimen de un partido político*.—223. José Francés: *El hombre que veta la muerte*.—224. P. Conrado Muñoz Sáenz: *El problema de Job*.—225. Luis Antón del Olmet: *La canción del jugador*.—226. Luis Huidobro: *Prometeo*.—227. Emilio Carrère: *El avino amor humano*.—228. Joaquín Belda: *La «season» de Bayas*.—229. Pedro Luis de Gálvez: *La Rosa Blanca*.—230. Pedro de Répide: *Las cartas de la azafata Cloe*.—231. Eduardo Barriobero: *La cofradía de los mirones*.—232. Eugenio Noel: *Don Oliverio XXIV de Bonoza*.—233. Javier Valcarlos: *La casa*.—234. Manuel Linares Rivas: *Las alondras*.—235. Augusto Martínez Olmedilla: *Un milagro en Lourdes*.

LIBROS Y REVISTAS

Hemos recibido *Prometeo*, la revista más culta, más intelectual y más pura cultivadora de las bellas letras.

Publica interesantes trabajos de R. Cansinos Asens, Gómez de la Serna, Baeza, etc. Uno de los originales que más nos han agradado es una colección de unos preciosos sonetos de M. Lozano Casado, el ilustre poeta español que honra con su firma los mejores periódicos de la isla de Cuba, donde reside.

Plato del día.—Así se titula un libro de sátiras en verso de D. Elpidio de Mier, llenas de gracejo y de acerada intención.

El Sr. de Mier es ya ventajosamente conocido como fogoso orador y autor de varios interesantes volúmenes.

La fuerza del amor.—Es una novela del notable escritor católico D. Jesús Rubio Coloma.

Es una bella creación de tipo de mujer superior, alma sensible, orientada hacia la belleza y la más pura moral.

La fábula novelesca es muy emocionante; tiene admirables descripciones de caracteres y está escrita en un estilo noble, castizo y elevado.

Los editores Sres. González y Jiménez han presentado el libro con exquisito gusto y elegancia.

Cuentos de la noche, por J. Ramírez Uria.

Hace próximamente unos dos años que Ramírez Uria, con su libro *Las leyendas de la brisa*, se había revelado como un poeta intenso, emocional, á ratos humorista y á ratos escéptico, pero siempre gran poeta, con perfecto dominio de la armonía del verso y de la intensidad del sentimiento. Este libro mereció grandes aplausos de la crítica, que anunciaba á Ramírez Uria como uno de los predestinados á figurar en primera fila entre la gloriosa generación de literatos contemporáneos.

Ahora, después de larga temporada de producción silenciosa, ha dado á las prensas un nuevo libro, una obra pensada, producto de largas

horas de meditación, con una consciencia y un sentido perfectos del arte, casi una obra definitiva, que acusa claramente la personalidad original y briosa de Ramírez Uria y que confirman en un todo las esperanzas que con su primer libro hizo concebir á la crítica.

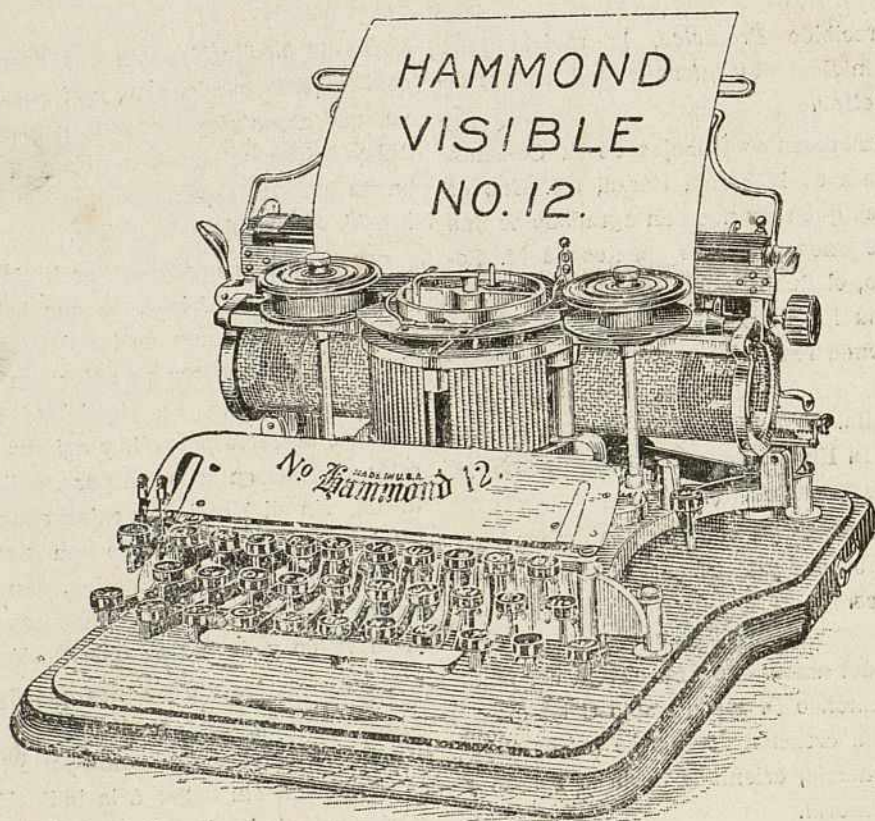
Cuentos de la noche—así se titula el nuevo libro de Ramírez Uria—, es una bella colección de cuentos á manera de los de Poe y Offman. En este libro aparece su autor con un perfecto dominio del estilo. La plasticidad del lenguaje no tiene secretos para él, y así sus narraciones están escritas en un estilo puro, pulido, sin afectación, sin dislocaciones extravagantes y arbitrarias; y las imágenes, de una gran precisión, de una enorme fuerza emotiva, dan admirables sensaciones de realidad, demostrando lo justo de la visión y de la fina observación del autor.

Algunas de las narraciones que figuran en el tomo, sobre todo los cuentos fantásticos—algunos de ellos verdaderamente perfectos y originales—tienen, sin llegar á la imitación, una reminiscencia de la obra de Maeterlink, sobre todo en el procedimiento que el maestro cultivó en *La intrusa* é *Interior*.

Hay otros cuentos maravillosos de realidad y de colorido, que demuestran que Ramírez Uria ha pasado por la vida enterándose de lo que se ve en ella, y el escepticismo que al final de ellos se advierte, descubre que el autor, hombre de temperamento refinado y de espíritu nada vulgar, ha adquirido, en fuerza de lamentables desengaños que dejaron su alma dolorida, una definitiva experiencia, dolorosa y triste, de las gentes y de la vida absurda y miserable.

En todas las narraciones se advierte—repito—que Ramírez Uria ha adquirido un perfecto dominio de la forma, de la manera de escribir, con mucha soltura, con gran donaire y con un perfecto sentido de la ironía, que después de leerlo deja una honda huella de tristeza en el alma. Por estas grandes condiciones de escritor, Ramírez Uria, muy pronto, tendrá un nombre prestigioso dentro de la literatura, y sus obras se cotizarán muy bien en el mercado.—D. M.

Las máquinas de escribir



HAMMOND

SON LAS MÁS SÓLIDAS, DE MÁS RESISTENCIA
Y MÁS PERFECCIONADAS DE CUANTAS EXISTEN

Escritura completamente á la vista.—Cintas de dos colores.—Cambio instantáneo de carácter de letra é idioma.—Las únicas con tecla de retroceso.—Las únicas que no pueden desalinearse.—Las únicas de impresión automática

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

Agente concesionario: RAMIRO GARCIA SUAREZ
MADRID: Carrera de San Jerónimo, 30.—BARCELONA: Fernando, 49

Novedades norteamericanas y muebles para escritorio

PEDID SIEMPRE ESTA MARCA

Se emplea con éxito
seguro en el reuma-
tismo articular agudo
y crónico y en la gota.

Es el mejor polvo
dentifrico y el más
económico



Sustituye en bondad
y es más económico
que todas las aguas
minerales usadas
para las enfermeda-
des del estómago

Cajas de pastillas
comprimidas de bi-
carbonato de sosa á
0,50 la caja

Latas que resultan más económicas, á 5 pesetas

CAJAS Á 0,50 Y UNA PESETA

ESCUELA MATRITENSE DE ESTUDIOS SUPERIORES DE LA FACULTAD DE DERECHO

FUNDADA EN 1895

ÚNICO CENTRO DE ENSEÑANZA SUPERIOR INCORPORADO Á LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Preparación por sistema especial de enseñanza mediante el trabajo realizado en las cla-
ses, complementado por apuntes-extractos de las explicaciones del Profesor oficial, y divi-
sión de las clases en secciones, atendiendo al aprovechamiento y aplicación de los alumnos.

Planes abreviados para obtener el Título de Abogado en tres y cuatro años, y de gru-
pos especiales de asignaturas formados para cada convocatoria, mediante los cuales pue-
de obtenerse en brevísimo tiempo. Para Junio próximo se han establecido, entre otros, los
siguientes grupos de asignaturas: PRIMERO. Para los alumnos que comiencen la carre-
ra: las tres asignaturas del Preparatorio y las del primer año de Facultad.—SEGUNDO.
Para los que tengan aprobado el Preparatorio: las asignaturas del primero y segundo año
de la carrera.—TERCERO. Las asignaturas de tercero y cuarto año.—CUARTO. Derecho
penal, Hacienda, Civil 2.º, Internacional privado, Mercantil y Procesales.—Los alumnos
que empiecen la carrera pueden aprobar, mediante este plan de grupos, tres años de la
misma en el curso próximo.

Todo género de garantías sobre el buen resultado.—Matrícula de Honor en todas las
convocatorias.—Preparación por apuntes á los alumnos de provincias.

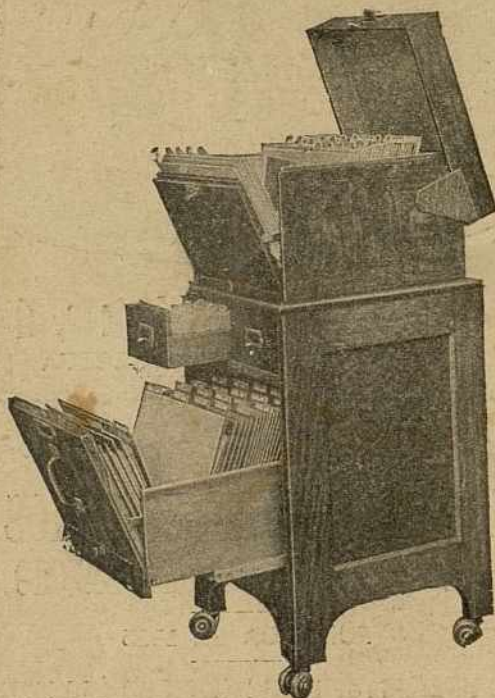
Pidanse Reglamentos: SAN BERNARDO, 85, MADRID

Archivadores Automáticos

AMERICANOS

(De la Automatic File Index C.º)

Construidos con cinco hojas de roble y á propósito para todos los climas



Acaba de publicarse el catálogo ilustrado con numerosos grabados de los diversos modelos de muebles para oficinas, carpetas, fichas, etc. Previo envío de 0,30 para certificado, lo remite gratis á cuantos lo soliciten, la

CASA ASIN

Calle de Preciados, núm. 23.-MADRID